

INFORME DE LA DELEGACION CHILENA

- Nota: Este informe ha sido elaborado por una comisión del "Secretariado Sacerdotal Cristianos por el Socialismo", tomando en cuenta las conclusiones del Encuentro Nacional Preparatorio que tuvo lugar en Padre Hurtado el 24 y 25 de Marzo, e incluyendo otro material para ampliar la base de información.

De acuerdo a la pauta sugerida en el guión de Documento-base, el informe de la delegación chilena se desarrollará en tres partes que corresponden a los tres momentos del análisis. En la primera parte se tratará de caracterizar la fase por la que atraviesa el proceso social chileno, señalando algunos hechos significativos en que los cristianos han contribuido a favorecer el empuje revolucionario del pueblo. La segunda parte tratará de determinar más profundamente la función de "lo cristiano" dentro de la formación social chilena cuya característica dominante ha sido el capitalismo dependiente, generador de subdesarrollo. La tercera parte esbozará algunas conclusiones teológicas y líneas de acción que se desprenden de la experiencia de los cristianos de izquierda de Chile.

Conviene señalar, y al mismo tiempo pedir excusas a los compañeros delegados de otros países por el hecho de no haber podido hacer un análisis completo y acabado como hubieramos querido. Sin duda, ustedes tan comprometidas como nosotros en las tareas de liberación del pueblo latinoamericano, comprenderán que en épocas pre-revolucionarias, el trabajo intelectual sufre ante la urgencia del compromiso.

PRIMERA PARTE

1.- INTRODUCCION

Cualquier análisis de los hechos significativos que desde un punto de vista social hayan protagonizado los cristianos, debe hacerse en el marco del actual proceso chileno que busca iniciar el camino hacia el socialismo. Chile, bajo cierto aspecto, presenta interés especial para analizar el comportamiento político de los cristianos. Esto por dos razones principales.

La primera, es que la "vía chilena" al socialismo, postulada por la coalición Unidad Popular que reúne a partidos marxistas y social demócratas, se inició en 1970, con la ascensión al Gobierno del Presidente Salvador Allende. Pero esto se hace después del fracaso de otra experiencia iniciada en 1964, la llamada "revolución en libertad" de la Democracia Cristiana. Resulta evidente que esta última experiencia se inspira directamente en un pensamiento social cristiano, fuertemente influenciado por la Doctrina Social de la Iglesia y que por lo tanto los cristianos juegan en ella un papel protagónico. Sin embargo, en el actual proceso político conducido por la Unidad Popular, también hay cristianos, aunque no predominantes, que participan activamente junto a marxistas en las tareas de Gobierno y en la acción política en las masas. De este modo el análisis comparativo de dos modelos sucesivos de inserción cristiana en la sociedad chilena, da lugar para captar mejor la especificidad del aporte cristiano al proceso de liberación.

La segunda razón, es que la llamada "vía chilena" de revolución, parte del supuesto que en el caso chileno, el camino hacia el socialismo se puede hacer por

la vía legal: "Supone como requisito previo fundamental, que podamos establecer los cauces institucionales de la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad. La tarea es de complejidad extraordinaria porque no hay precedentes en que podamos inspirarnos"(1). Es decir, respetando las reglas de la democracia burguesa, pero que con la cuota de poder en manos del Gobierno -conquistada por elección- y la del pueblo movilizado, se logra utilizar por lo menos parte de la legalidad existente para transformar esa democracia burguesa en popular. No toca aquí hacer análisis de la viabilidad de este modelo de transición al socialismo. Solamente conviene dejar establecido que el proyecto chileno de revolución, parece menos opuesto a la doctrina tradicional hasta ahora defendida por la Iglesia Jerárquica, que claramente se pone al uso de la violencia. Esto, pese al reconocimiento que en 1968 ella misma hizo para el caso de América Latina, de la existencia en esta región, de una "violencia institucionalizada" en el sistema contra las mayorías populares dominadas por las clases privilegiadas (2) relación con el "imperialismo internacional del dinero", denunciado antes por Paulo VI.(3). Por eso la participación de los cristianos en esta lucha por el socialismo, aún de inspiración marxista, es reconocida explícitamente por los Obispos chilenos como algo legítimo, a pesar de las reservas que les merece el modelo marxista.(4) De ahí que de hecho, y aún más potencialmente- la presencia cristiana en este proceso político es de significación al contrario de las otras experiencias históricas de revolución socialista.

2.- EL PROYECTO DE "VIA CHILENA" AL SOCIALISMO

El juicio sobre el desarrollo del proceso actual se deba hacer en función de lo que postula el programa de la Unidad Popular y, en particular, de su objetivo central: iniciar la transición al socialismo.(5) Este objetivo central se basa en una certeza científica, confirmada empíricamente, de que el sub-desarrollo de Chile es consecuencia inevitable de su inserción en el sistema capitalista mundial y que el desarrollo de pueblos dependientes económicamente exige la ruptura con ese sistema y la construcción de una sociedad socialista.(6)

El programa de la Unidad Popular no es un programa socialista. Un análisis correcto de la correlación de fuerzas políticas en 1970 llevó a la conclusión de que no podía postularse con éxito ese programa. Pero contra la opinión de la extrema izquierda escéptica con las posibilidades de triunfo, se ganó el Gobierno con una coalición de partidos proletarios y de otros representativos de sectores de pequeña burguesía. Los intentos de la reacción para que no asumiera Allende la presidencia, que culminaron con el asesinato del General Schneider, fueron desbaratados por el respaldo masivo del pueblo y también por los propios errores de la derecha. Por eso, ese programa consideró importante unir la mayor cantidad de fuerzas para atacar a los enemigos principales que obstaculizan el desarrollo del país

- (1) Salvador Allende Gossens, Primer Mensaje ante el Congreso Pleno, 21 de Mayo de 1971.
- (2) II Conferencia Episcopal Latinoamericana, Documentos sobre la Paz, n 16, Medellín Octubre 1968.
- (3) Paulo VI, Enc. Populorum Progressio, n 26.
- (4) Obispos de Chile, Evangeli, Política y Socialismo, Documento de Trabajo, Stgo. 1971, n 48.
- (5) Candidatura Presidencial de Salvador Allende, Programa Básico de la Unidad Popular, Las 40 primeras medidas.
- (6) Ver Chile Hoy, Ed. Universitaria, Stgo. 1970, particularmente "Estructura Económica": "algunas características fundamentales" por Sergio Aranda y Alberto Martínez

y la liberación del pueblo. Estos son las compañías extranjeras que controlaban algunos recursos básicos, especialmente el cobre, hierro, etc., las grandes empresas monopólicas nacionales y extranjeras y los latifundistas que han explotado secularmente al campesino.

De este modo, ese programa pretende despejar el camino para iniciar más adelante la construcción socialista. Al mismo tiempo, prometía una serie de medidas que beneficiaban a las mayorías populares y lograran aumentar el apoyo al Gobierno: redistribución de ingresos, acceso a nuevos niveles de consumo básico, educación ampliada, programas de viviendas, etc. Para lograr estas metas, la Unidad Popular consideró hacer alianzas con pequeños y medianos empresarios de la ciudad y del campo, cuyos intereses no pueden identificarse con los de los conglomerados extranjeros, ni con los de la burguesía nacional, ni de los latifundistas. Considerar el poder de los trabajadores organizados y aumentar el apoyo del programa mediante alianza con sectores de pequeña y mediana burguesía es, según la Unidad Popular, la única forma de vencer a los enemigos principales e iniciar en esta fase el camino hacia la transición al socialismo, mediante la constitución de un área social de la economía en industrias, distribuidores y bancos nacionalizados, y una agricultura reformada.(7)

3.- LA COYUNTURA ECONOMICA, SOCIAL Y POLITICA

Después de un año y medio de Gobierno, las críticas hechas por la oposición se centran en dos acápites: los problemas económicos y la supuesta amenaza a la libertad garantizada por la Constitución y las leyes. Respecto a las críticas basadas en ciertos hechos económicos (aumento circulante e inflación, reservas de divisas en disminución, desabastecimiento, etc.) aparte de que ignora otros hechos contundentes (aumento en 1971 del producto geográfico bruto en un 8%, de la producción industrial en un 12%, disminución de la cesantía, disminución de la inflación, mayor ingreso para amplios sectores populares, etc.) tendrían validez, dentro de nuestra perspectiva, sólo en el caso que obstaculizaran el proceso al socialismo que postula la Unidad Popular.

Por eso no se puede analizar lo económico sin ligarlo a lo político. A un año y medio de Gobierno de la U.P., se ve claramente que los logros son importantes: Hay un avance en el objetivo central de construir un área social de la economía; (nacionalización del cobre y hierro, socialización de bancos, monopolios de cemento, acero, textil, etc); reforma agraria chilena, que está a punto de terminar con el latifundio; redistribución de ingresos y reactivación de la economía después de la depresión económica con que Frei entregó el Gobierno. Sin embargo, está casi agotada la fase de expansión fácil de la economía -sobre todo en base de una capacidad ociosa en la industria y de la utilización de políticas fiscales. El proceso de transformación económica acelerada provoca necesariamente desajustes en la producción (cobre, empresas estatizadas) entre la demanda y la oferta (que crece pero no suficientemente en algunos rubros), lo que produce algún desabastecimiento a niveles más altos de consumo. Esta situación presiona también sobre la Balanza de Pagos con el exterior, ya que se debe recurrir a importaciones, sobre todo agropecuarias, para satisfacer la demanda incrementada de alimentos. Es indudable que la coyuntura económica es delicada y que a corto plazo -1972 y 1973- las perspectivas son menos claras que a un mediano plazo en que las políticas de naciona-

(7) Ver un análisis de esta problemática en Problemas y perspectivas del Socialismo en Chile, Cuadernos de la Realidad Nacional N°10, Dic.1971 y Materiales para el estudio del área de propiedad social, Cuadernos de la Realidad Nacional N°11. Ver también allí el informe de Gonzalo Arroyo sobre Symposium CEREN-CESO Transición al socialismo y la experiencia chilena.

la burguesía en defensa de sus intereses económicos amagados por el Gobierno que cumple el programa de socialización de monopolios, bancos y recursos naturales. Hay también en estas marchas un factor nuevo y que es movilizar, una descarga emocional, una purificación psicológica de la amargura de un sector minoritario de la población, que ve perecer sus privilegios, su modo de vida burgués y su estilo capitalista, lo que indudablemente es compartido por otros sectores de pequeña burguesía y aún de trabajadores, azuzados por los medios de comunicación desplegados cuantiosamente por la derecha económica y los partidos de oposición.

La fuerza de la ideología dominante es tal, que estos sectores se movilizan por defender la "democracia", la "libertad", el "orden", y los "abastecimientos", lemas ideológicos que inteligentemente permiten disfrazar los verdaderos intereses -los de la minoría privilegiada- que ciertamente son antagónicos con los de esos sectores populares movilizados por la derecha.

Hasta este momento no ha intervenido en esta lucha ideológica, por lo menos en forma tan abierta, el factor religioso que tan decisivo fué en la caída de Goulart en Brasil y aún de Juan José Torres en Bolivia. La posición de la Jerarquía y la existencia de sectores de izquierda significativos de las iglesias, ha impedido la utilización intensa de la religión en forma contra revolucionaria al menos de manera masiva. Sin embargo, subyace entre los cristianos un cierto anti-comunismo cuya base es finalmente religiosa. La propaganda anti-comunista, la "campaña del terror" sobre todo en períodos pre-electorales, basa su efectividad en ese anticomunismo latente sobre todo en las mujeres.

La lucha política de la oposición se centra en el parlamento que controla. En cuestiones decisivas, (acusación del Ministro del Interior, elecciones parlamentarias) el partido más poderoso electoralmente, la Democracia Cristiana, cuyo programa presidencial postulaba el "socialismo comunitario", se ha unido ultimamente con la derecha. Los sectores tomicistas de izquierda han sido desplazados, sobre todo después del desprendimiento de la Izquierda Cristiana de ese partido. Esto se hizo particularmente en torno al proyecto Hamilton-Fuentealba de reforma constitucional, alianza tácita entre Democracia Cristiana y derecha (P. Nacional, Democracia Radical) opuesta al del Gobierno, que crea el área social y mixta y determina las empresas que las constituirán. Esta reforma de oposición aprobada ya por el Congreso Pleno, prácticamente paraliza el proceso de nacionalización de los monopolios y de ser promulgada obligaría al Estado a devolver la mayoría de las firmas requisadas a sus antiguos dueños, firmas que hoy integran el área social de la economía, germen de la futura sociedad socialista. En este momento la cuestión no está dirimida: el Gobierno envió vetos que el Parlamento rechazará por mayoría, aunque es incapaz de lograr los dos tercios necesarios según el Gobierno.

De este modo en una interpretación de la Constitución (sobre si se requiere la mayoría o dos tercios de los votos para rechazar los vetos presidenciales), se centra una polémica jurídica que tiene con toda gran trascendencia política. El Congreso aparentemente está dispuesto a rechazar la interpretación del Ejecutivo, negar competencia al Tribunal Constitucional para dirimir el conflicto y solicita un plebiscito sobre la materia. Por su parte, el Gobierno apoyado por los grupos de izquierda, estaría dispuesto a promulgar la reforma de acuerdo con su criterio en el caso que efectivamente el Tribunal Constitucional se declare incompetente. Esto podría llevar a una acusación constitucional contra el Presidente para destituirlo de su cargo. Aunque la oposición no tenga la fuerza suficiente en el Parlamento para lograrlo, esto significaría un avance importante de la reacción, lucha que abiertamente tiende a dividir a la sociedad chilena en dos bloques antagónicos.

Resulta claro de este análisis que el proceso chileno hacia el socialismo no ha llegado a un punto de irreversibilidad o no retorno y que la ruptura con el capitalismo en el tránsito al socialismo depende de la conquista del poder no sólo del Gobierno, sino del Estado (parlamento, justicia) por los trabajadores.

4.- LA AUTOCRITICA DE LA IZQUIERDA

Hasta aquí se han señalado algunos logros de la Unidad Popular en la realización de su objetivo central de avanzar en la construcción del socialismo y en particular, en la lucha por constituir un área social en la economía pese a los esfuerzos de la burguesía por impedirlo. Es indudable que este enfrentamiento, cuya palestra es aparentemente el parlamento, los medios de comunicación y las discusiones en poblaciones, escuelas y aún en el seno de la familia, tiene su realidad profunda en la economía donde se oponen los intereses capitalistas monopólicos ligados al capitalismo internacional como lo demuestran los documentos secretos de la ITT- y los intereses de los trabajadores asalariados de la ciudad y del campo. Detrás de los partidos de oposición están los capitalistas y sus aliados extranjeros (Confederación del Comercio y la Producción, Sociedad de Fomento Fabril, etc.) que se han ganado a otros sectores de la pequeña y mediana burguesía, de la ciudad y del campo, por medio de frentes aparentemente gremialistas (FRENAP, etc.) y por la insuficiencia política de la Unidad Popular para hacer realmente efectiva su política de alianzas con esos sectores.

Para analizar las posibles salidas a este enfrentamiento político entre Gobierno y oposición, se debe tomar en cuenta algunos condicionantes concretos del proceso. En particular hay que considerar la coyuntura económica delicada a corto plazo, más aún si existe boicot de la burguesía chilena y de los intereses norteamericanos amagados y que exige una cierta acentuación de la llamada batalla de la producción. Más aún, si el Gobierno requiere acudir a ciertas medidas de corte populista, no sólo para resolver problemas reales de sectores pobres de la población, sino también para mantener y aumentar su base de apoyo popular.

En segundo lugar, la necesidad de mantenerse dentro de la Constitución y de la legalidad, porque así lo postula la "vía chilena" al socialismo y porque así lo exige la existencia de fuerzas armadas profesionales, cuya doctrina es mantener neutralidad política, mientras el Gobierno en el poder se ajuste a la Constitución.

En tercer lugar, no se debe desestimar la realidad cultural del pueblo chileno, de un marcado apego a las instituciones jurídicas y de una tradición política electoralista adentrada por la larga práctica de la democracia burguesa de tipo occidental. El horizonte cultural chileno es probablemente poco abierto a la búsqueda de soluciones políticas violentas y existe escasa conciencia socialista en sectores numerosos del proletariado, deformados por una tradición sindical en buena medida economicista, y del campesinado apegado a la propiedad de la tierra. La sub-cultura, obrera y campesina reflejan valores de la ideología burguesa dominante.

El enfrentamiento político actual entre Gobierno y oposición se resolverá favorablemente para el primero sólo en la medida en que los trabajadores organizados y el pueblo se movilicen políticamente para defender lo que se ha conquistado y avanzar hacia la toma del poder total de modo que el proceso al socialismo se haga irreversible.

La insuficiente participación de los trabajadores y de las masas es una de las críticas que la Unidad Popular se hace a sí misma. En la reunión de El Arrayán declara: "que la respuesta frente a las restricciones previsibles no está en detenerse, sino, por el contrario, en profundizar y desarrollar con más rapidez el cum

plimiento integral del programa" (8). Esto exige "profundizar el proceso con la incorporación real y masiva de los trabajadores a todos los niveles de decisión".

En las empresas del área social y mixta se ha iniciado la participación de los trabajadores que se integran a los Consejos de Administración aunque indudablemente se perciben tendencias burocráticas de "reducirlos a la atención de asuntos secundarios", y también se constata un cierto sectarismo ejercido no sólo contra aquellos no pertenecientes a la UP sino incluso dentro de la misma izquierda. En las empresas del área privada, la fiscalización de los trabajadores mediante Comités de Vigilancia de la producción no ha sido articulada suficientemente. La misma estructura sindical requiere extenderse en las empresas medianas y pequeñas y llegar a formas de organización por rama para lograr una movilización según directrices únicas de clase en la Central Unica de Trabajadores. En el agro la formación de los Consejos Campesinos avanza con tropiezos, la participación de los campesinos en la planificación de la reforma agraria es todavía débil.

Otras formas de participación de vastos sectores de la población en Comités Locales de Salud, Juntas Vecinales, Centros de Madres, Juntas de Abastecimiento y Precios, trabajos voluntarios, lograrían la movilización popular en torno al programa hacia el socialismo. Los servicios estatales de salud, educación, vivienda, deben revisar su estructura y formas de funcionamiento para que muchas tareas concretas entregadas al pueblo permitieran una "participación" que irá cambiando el carácter y la naturaleza del Estado". El socialismo, dice la UP, debe construirse desde la base (9). Estas son algunas de las autocríticas de la Unidad Popular a las que se unen otras críticas de sectores de izquierda que no forman parte de la Unidad Popular y en particular del MIR.

El problema político central del momento que vive el país es la movilización de los sectores populares para cambiar la situación de poder que ha regido y rige nuestro sistema. Sobre este punto existe un acuerdo general. La disputa política se da en torno al poder que un grupo privilegiado tiene en la sociedad chilena y que se ve amagado por las acciones del gobierno de la UP. Esta situación inestable y conflictiva tiende a solucionarse de alguna forma. Esta forma es la movilización de las masas.

La conducción de esta movilización popular es una cuestión que aún no logra definirse con claridad. Los partidos de la Unidad Popular conscientes de sus logros, en cierta medida notables, en la puesta en práctica de su programa, han reconocido, sin embargo, la falta de dirección homogénea del proceso. El MIR y otros grupos han criticado la ambigüedad de ciertas políticas de la izquierda y cierta vacilación como consecuencia de la falta de conducción unitaria. Este tipo de críticas se hicieron también presentes en el Encuentro Nacional preparatorio de este Encuentro.

Además de la falta de conducción se notan algunas fallas en la apreciación del proceso actual, a consecuencia de no comprender correctamente la coyuntura chilena. Para algunos la conquista del Gobierno por parte de la UP significaría prácticamente conquistar el poder social y político y por lo tanto la tarea a desarrollar sería la construcción del socialismo. Esta manera de ver las cosas pone todo el esfuerzo en las labores de dirección estatal como son la planificación centrali

8 "Nuevas tareas para el Gobierno Popular y el Pueblo de Chile" (Acuerdos de "El Arrayán"). Santiago 9 de febrero de 1972

9 "Estudiar todo con las masas, resolverlo todo con ellas. Esta será nuestra línea fundamental de conducta, cada vez más generalizada y profunda. De las bases del pueblo no sólo deben emanar impulsos revolucionarios generales, Desde allí nacerán también, decisiones específicas, cuya ejecución deberá ser practicada o controlada por las masas en forma cada vez más directa" (Acuerdos de "El Arrayán")

zada, el uso del Estado en todos los frentes, etc. El resultado de estas acciones tiende a la separación del Gobierno de la actividad de las masas, al burocratismo y a la imposición de políticas no directamente ligadas a las aspiraciones populares. Quienes así han actuado olvidan que en el país está en discusión el problema del poder y actúan como si lo tuvieran. Los continuos tropiezos han ido mostrando que el poder del Gobierno es relativo, que la utilización de la legalidad burguesa como instrumento de transformación de esa misma legalidad tiene sus límites, y que sólo se afirma en la actividad de las masas movilizadas y no en la legalidad que lo contradice. Un ejemplo de esta desviación posible sería la batalla de la producción desligada del poder que llevaría a disminuir la combatividad de las masas.

Otra tendencia que se da con cierta frecuencia en sectores radicalizados de izquierda, peca por el lado contrario. Se subestima de tal forma el papel que juega el Gobierno actual, que se plantea el problema del poder en forma abstracta y ahistórica. Se olvida a veces que es mediante el Gobierno de la UP que se ha llegado a enfrentar la posibilidad concreta de un camino hacia el socialismo. Se insiste en la movilización de las masas en todos los frentes, independientemente de ciertas estrategias trazadas y de la complejidad que asume el proceso concreto que sucede hoy en Chile. Este proceso hace que la cuestión del poder sea doblemente compleja. Por una parte, la existencia del Gobierno -distinguido del Estado- es la condición necesaria en la coyuntura chilena actual, para transitar al socialismo, pero por otra parte el movimiento de las masas y su lucha por conquistar el poder es la condición para lograrlo, para llegar a un punto de ruptura en que el proceso sea irreversible. Quienes insisten en la movilización olvidándose de desarrollar las tareas de Gobierno, tocan un punto central e importante pero caen en una falta de visión política concreta que es la que permite avanzar hacia la construcción de una sociedad más justa y racional que permita escapar al subdesarrollo. Un ejemplo de esta desviación posible son las ocupaciones indiscriminadas de fundos, fábricas, etc. que no sólo rompen la legalidad (creando ciertos costos políticos al Gobierno) sino también se hacen sin tomar en cuenta el programa que especifica la estrategia hacia el socialismo.

La burguesía tocada en sus intereses, se defiende y es lógico que así lo haga. Nuestros Obispos han planteado en reciente declaración que todo proceso de cambio tiene que hacerse contra unos pocos privilegiados que van a perder su situación. Estos van a defenderse y hemos visto que ya lo han hecho. Aunque estas acciones pueden aumentar la movilización y combatividad de las masas en un momento dado, si no se inscriben dentro de un programa pueden ser políticamente contraproducentes en la marcha del proceso global. Pero el pueblo necesita del socialismo para poder liberarse de la explotación consecuencia del capitalismo.

En este aspecto no se puede caer en la ingenuidad y en el idealismo abstracto. Si bien es cierto que se deben reconocer y corregir los errores, como los ya señalados, no se puede pretender conquistar el poder político y construir el socialismo de una plumada y a base de buena voluntad y entusiasmo. La movilización de las masas es una tarea paciente y delicada, que hay que manejar con todos los elementos y herramientas que nos da la ciencia. No se puede crear una gran mayoría a favor de los cambios, a punta de imperativos morales y de propaganda masiva y de acciones efectistas. La efectividad de tales métodos es efímera y dudosa. Es necesario que el pueblo avance paso a paso, ligado a su vanguardia política, usando una clara estrategia para conquistar el poder y establecer un Estado popular que permita la construcción del socialismo.

En esta tarea se inscribe la constitución de una verdadera conciencia socialista en las masas que dé base y fundamento al nuevo hombre y la nueva sociedad que se quiere formar. La potencialidad de los cristianos en este campo, es particularmente importante como se verá en la segunda parte.

Nota(10): Los Obispos de Chile Punta de Tralca 11 de abril de 1972

SEGUNDA PARTE

LO CRISTIANO EN EL PROCESO HISTORICO ACTUAL

El cristianismo en el Chile de hoy aparece para algunos como neutral o reaccionario, para otros como subversivo, y para la mayoría como algo renovador. En nuestra historia hay una trayectoria política del cristianismo que culmina por una parte en la masificación del reformismo, y por otra parte en brotes de cristianismo revolucionario. Al diseñar una tipología de los cristianos en referencia al proceso de cambios, la Iglesia y la fe, aparecen sus respectivas posiciones de clase.

Para comprender por una parte el social-cristianismo y por otra parte el cristianismo revolucionario, es conveniente analizar también la lógica de cada cual. La diferenciación entre estas dos estructuras de pensamiento aparece clara al considerar cómo relacionan la teoría y la praxis, cómo una tiene un pensamiento empírico y la otra un pensamiento dialéctico, y por último, el sentido abstracto o concreto de la historia.

1.- EVOLUCION DE LA SOCIEDAD Y EL CRISTIANISMO

Constatamos la evolución de la estructura capitalista del país y su sub-desarrollo dependiente. Además hay una agudización de la lucha de clases y una solidificación del pueblo organizado con sus sindicatos, partidos y estrategias. Las expresiones socio-políticas de los cristianos han ido reubicándose al interior del sistema de dominación, hasta llegar a constituir la principal alternativa pseudo-revolucionaria en oposición a las fuerzas socialistas.

A.- CONSERVADORISMO CRISTIANO

En los siglos violentos del régimen colonial se establece una "sociedad cristiana" cuya legitimación cultural es la religión. La organización económica y social y toda la institucionalidad colonial adquieren un carácter sagrado. El proceso de independencia de España y la ideología liberal colocan al cristianismo en una posición defensiva. La oligarquía agraria y comercial impone una nueva modalidad de violencia: el sistema democrático subsidiario del naciente capitalismo internacional. Las fuerzas cristianas se reubican en un partido confesional (Partido Conservador) y en instituciones educacionales, culturales y asistenciales, obedeciendo a los intereses de la clase dominante.

La práctica cristiana en su dimensión política pasa a ser el desarrollo del orden establecido y la legitimación de la libertad democrática. Así, hoy nos encontramos con un sector tradicional de la clase dominante, que en su mayor parte se proclama cristiano, defendiendo religiosamente las tradiciones y la propiedad privada y recurriendo a la violencia reaccionaria. Aunque el Opus Dei y un pequeño sector jerárquico apoya a ese sector, las fuerzas social cristianas le han quitado la bandera del cristianismo. Pero la religiosidad popular, como internalización masiva de la tradición nacional, respaldará fuertemente el conservadorismo.

El sector oligárquico considera que la Iglesia lo ha traicionado y que su postura renovadora talera sectores "comunistas" dentro de ella. Critica a la jerarquía y especialmente a los sacerdotes que no se mantienen en el ámbito espiritual y que atacan su cultura y sus intereses de clase. Concibe lo cristiano como la institución de la verdad y lo sagrado, y ve la fe como una relación con Dios y aceptación de su doctrina. Su imagen de Dios es garantía del orden y la moral de su clase. Ha usado la religión para una intensa campaña anti-marxista, logrando que sectores populares atribuyan caracteres demoníacos a la acción revolucionaria. Mucho más significativo que ese pequeño grupo oligárquico es la preservación del cristianismo tradicional en la conciencia religiosa del pueblo. Los

santos y Dios tienen el poder para solucionar los problemas concretos de su posición oprimida. Las Iglesias protestantes que han proliferado en las capas medias y los sectores marginales constituyen un refugio socio-cultural e inculcan una abstención política. (1) En estas y otras formas, las fuerzas religioso-populares tanto católicas como protestantes, condicionan negativamente a los pobres, impidiéndoles liberarse de la opresión estructural.

B.- REFORMISMO CRISTIANO

Desde comienzos de este siglo hay un avance progresivo del movimiento sindical y de los partidos de la clase trabajadora. Las capas medias y el ejército responden con sucesivos proyectos populistas (A. Alessandri, Frente Popular, Ibañez). Se inicia un proceso de industrialización y se consolida el subdesarrollo chileno en dependencia al capitalismo norteamericano y europeo. En la práctica, lo cristiano se va reubicando en la corriente reformista de las capas medias que son instrumentalizadas por la clase dominante.

La situación angustiosa de la creciente masa explotada y marginal, y la conciencia social-cristiana, provocan la discusión de la "cuestión social" en pequeños círculos cristianos. Impulsados por algunos sacerdotes (F. Vives, A. Hurtado, el obispo Manuel Larraín), profesionales jóvenes y trabajadores, van apareciendo grupos e instituciones de inspiración cristiana. Se fomentan los sindicatos cristianos y las cooperativas. Surge la Falange y el Partido Social Cristiano. Más tarde se forma el IER (Instituto de Educación Rural) para la capacitación cultural y sindical del campesinado, y DESAL para el estudio y acción desarrollista. En tierras de la Iglesia se inicia la reforma agraria, antes que lo haga el Gobierno. En su mayor parte, las Iglesias cristianas dependen financiera e ideológicamente de los países desarrollados. Al interior de la Iglesia Católica se ha organizado la Acción Católica, que forma muchos militantes cristianos que se destacan en una acción política reformista. Este conjunto de hechos y actitudes crean la imagen de toda una Iglesia progresista. Pero sólo se trata de una élite, con iniciativas de cambios parciales y engañosos en las estructuras de explotación y dependencia.

El trasfondo doctrinal de todas estas iniciativas es la Doctrina Social Cristiana. (2) Sus principios, que están fuertemente marcados por la ideología burguesa, hacen una crítica moralista a algunas injusticias sociales. No plantea el problema estructural del capitalismo, y es decididamente anti-socialista y anti-marxista. Por ello defiende el modo de producción capitalista y condena las fuerzas revolucionarias de los oprimidos.

La culminación del reformismo cristiano ocurre en la llamada "revolución en libertad" de la Democracia Cristiana. Surge como un camino propio, en oposición al marxista y popular, y en alianza con las fuerzas conservadoras. Los cristianos en general y la mayoría de la Jerarquía Católica se comprometen con el proyecto Demócrata Cristiano. La D.C. se atribuye una inspiración cristiana para proponer un nuevo sistema: el comunitarismo. Concretamente inicia reformas en la agricultura, educación, habitación y planificación económica. De hecho no realiza un cambio estructural de la economía y la sociedad, sino que fortalece el neo-capitalismo y su ideología de la libertad y la democracia que son armas de la clase dominante. Desarrolla una política de integración de los marginados urbanos y los

(1) Lalive D'Epinau, Christian, El Refugio de las Masas, Ed. del Pacífico, Stgo. 1968

(2) Arroyo, Gonzalo, "La Iglesia en la década del 70", en América 70., ed. por Carlos Nandón, Ed. Nueva Universidad, U.C. de Chile, 1970

campesinos a la estructura opresiva. Penetra significativamente en el pueblo mediante organizaciones funcionales al sistema y una difusión masiva de su ideología reformista. Así reconcilia a sectores populares con la burguesía y divide a la clase trabajadora. Por lo tanto, este nuevo proyecto político cristiano es incapaz de solucionar las contradicciones de la sociedad neo-capitalista con su explotación de la mayoría nacional y su subdesarrollo creciente. Aunque la Democracia Cristiana pierde el poder presidencial, se ha fortalecido con el apoyo de la Derecha y de los llamados sectores "independientes", convirtiéndose en la representante de la oposición. Y ello, a pesar de que aún permanecen en la D.C. algunos sectores progresistas y populares que podrían unirse a la izquierda.

Los amplios sectores social-cristianos mantienen y fortalecen las instituciones confesionales o de inspiración cristiana. Cualquiera sea su intención, la mayoría de las parroquias y los cultos protestantes, los centros culturales y educacionales de afiliación cristiana, hacen de hecho una política ideológica que refuerza el reformismo de la clase dominante. El vigor de la Democracia Cristiana y el carter sacral de los valores burgueses hacen innecesaria una acción directamente política de las Iglesias. Es por ello que estos sectores propugnan una Iglesia que no se meta en política y califican en forma condenatoria a los sacerdotes y pastores de izquierda como "políticos". Conciben y construyen una Iglesia comunitaria con énfasis en lo interpersonal, la reforma de sus estructuras y la adhesión a Jesucristo como Salvador.(3)

Para estos sectores, hay valores sobre el hombre y la sociedad que provienen de la fe; valores que constituyen de hecho una nueva versión de la ideología burguesa. Su humanismo cristiano es inspirador de la conciencia y la acción para llevar a cabo la transformación de la sociedad vigente. Las principales imágenes de Dios son el amor a todos y el compromiso; con lo que pasan por alto la realidad conflictiva y afirman los esfuerzos unitarios y pacifistas de la clase dominante. Se proclaman a la vez anti-capitalistas y anti-marxistas, proponiendo una vía democrática y pluralista que significa alianza de clases en torno a la burguesía y una sacralización de la realidad. Dado que en esta postura social-cristiana se ubica prácticamente la mayoría de los cristianos, tanto católicos como protestantes, jerarquía como laicado, es muy problemática esperar que el cristianismo masivo sea un factor revolucionario.

2.- LOS CRISTIANOS EN LA REVOLUCION SOCIALISTA

En diversos sectores sociales y puntos del país van surgiendo, a fines de la década pasada, agrupaciones y pronunciamientos de cristianos de izquierda. A partir de un compromiso evangélico y político con la causa de los trabajadores, la conciencia social-cristiana se radicaliza y asume el análisis de la lucha de clases. Aunque estas agrupaciones son recientes, desde hace tiempo ha habido casos de cristianos revolucionarios. El más notable es Clotario Blest, el primer presidente de la CUT (Central Unica de Trabajadores), que ha luchado desde hace cincuenta años por la unidad revolucionaria del pueblo. En sindicatos, partidos de izquierda y otros frentes de lucha; ha habido otros casos aislados, pero no logran romper la estructura mayoritariamente conservadora o reformista de un cristianismo aliado al capitalismo.

Con el crecimiento de la Democracia Cristiana entra en crisis la Acción Católica obrera y estudiantil, y una buena parte de sus militantes pasan a la acción política partidista. Pero a fines de la década, estos movimientos, aunque de número reducido, se radicalizan y se pronuncian por el socialismo. El 11 de Agosto

(3) Fontaine, Pablo, "Situación actual de la Iglesia chilena", Mensaje 201, Agosto de 1971, pp. 367-371

de 1969, laicos del sector rebelde de la D.C. y del movimiento "Camilo Torres" y sacerdotes de la Acción Católica se "toman" la Catedral de Santiago, con la consigna "por una Iglesia junto al pueblo y su lucha". Surge la Iglesia Joven en Santiago y la Iglesia del Pueblo en Valparaíso, que atacan el capitalismo y denuncian la estructura de poder y riqueza de la Iglesia. Señalan en forma pública la división real que hay entre los cristianos. Ya sea de manera organizada o bien en forma aislada, muchos cristianos (estudiantes, trabajadores, profesionales jóvenes) van abandonando el reformismo cristiano.

A partir de la década del 60, varios sacerdotes se incorporan al trabajo productivo en industrias y talleres. En ese contexto surge para ellos el compromiso revaloratorio de clase. Algunos sacerdotes y religiosas se van a vivir con pebladores o campesinos, compartiendo sus condiciones de vida o más directamente, su lucha política. Hay también pastores protestantes que junto a sus comunidades van abriendo la conciencia religiosa hacia el compromiso social. En todos estos casos, la experiencia de la injusticia estructural genera un nuevo compromiso evangélico con los pobres. La acción política con la clase trabajadora pasa a ser exigencia de caridad.

El paso de sectores cristianos al proyecto revolucionario del pueblo se concreta en la formación de nuevos partidos de izquierda. En 1969 surge el MAPU, desprendiendo de la Democracia Cristiana un buen grupo de campesinos, estudiantes, trabajadores y profesionales. Se define como partido proletario con una interpretación marxista de la realidad, y forma parte de la Unidad Popular que en 1970 conquista la presidencia. En 1971 se desprende otro grupo de la D.C., que rechaza su alianza con la Derecha. Aporta sectores socio-culturales de inspiración cristiana al proceso revolucionario, ubicándose como sector cristiano en la Izquierda chilena. Estos dos partidos atacan en forma decisiva el carácter religioso y cristiano del capitalismo. Rompen además la falsa disyuntiva entre marxismo y cristianismo, al enfatizar la contradicción entre explotadores y explotados. Esta participación cristiana en la lucha por la construcción del socialismo, hace más difícil que la clase propietaria continúe usando lo cristiano para sus intereses. También impide que el reformismo cristiano sea la única plataforma de acción para los cristianos. Hay que resaltar también, que en estos últimos años algunos cristianos se han incorporado al MIR, siguiendo el ejemplo heroico de Camilo Torres, y que otros de base popular militan en los partidos marxistas, en el PC y más en el PS.

En Abril de 1971 se reúnen unos 80 sacerdotes que trabajan o viven con sectores populares en Santiago o las provincias. Su declaración pública es un avance importante en la lucha ideológica. Atacan la propiedad privada y el sistema capitalista y manifiestan su compromiso con la clase trabajadora. La fe en Jesucristo, la solidaridad con los explotados y el análisis científico, los lleva a postular el socialismo. Los "80" han ido creciendo y formando grupos en diversas zonas del país. Han constituido un "Secretariado de Cristianos para el Socialismo", que provee documentos, un intercambio de experiencias y una coordinación de los grupos de base. La vinculación del Secretariado con grupos de otros países, dió como fruto el proyecto de un Encuentro Latinoamericano.

El Secretariado organizó en Marzo de 1972 un Encuentro Nacional, en que participan unas 200 personas: profesionales, trabajadoras, estudiantes, sacerdotes, pastores, religiosas y laicos. En esa ocasión hay un análisis crítico del proceso chileno, particularmente con respecto a la movilización popular y la lucha ideológica. Se expresan diversas posiciones políticas, pero hay consenso en la necesidad de profundizar el proceso para hacerlo irreversible y de aumentar la participación cristiana en la revolución.

Los cristianos que participan en el proceso al socialismo, van superando la ideología social cristiana y comparten en forma más o menos incondicional la

lucha y teoría de la clase trabajadora.(4) En general, su experiencia cristiana se convierte en una práctica revolucionaria con una conciencia utópica. Por eso manifiestan comúnmente una crítica al interior del proceso. Aunque cuantitativamente constituyen una minoría de los cristianos, impactan profundamente la conciencia nacional y destruyen mitos. Las fuerzas de izquierda, el Gobierno y los medios de comunicación le dan mucho realce a los sectores cristianos de izquierda. Sus acciones y declaraciones van carcomiendo la identificación entre reformismo y cristianismo, contribuyendo así a destruir la legitimación religiosa del capitalismo, a que la mayoría del país está acostumbrada.

Los cristianos de izquierda desean que la parte más significativa de las Iglesias se ponga de parte de los oprimidos y que desaparezcan las instituciones de inspiración cristiana que ha creado la clase dominante. Ven como muchas reformas (pastorales, catequísticas, administrativas, etc.) y la proyección política de las comunidades de base, a menudo fortalecen el sistema establecido. Sufren presiones y una sutil pero eficaz persecución de parte de sus jerarquías y comunidades. Los dirigentes de los cristianos de izquierda son marginados de las organizaciones oficiales y semi oficiales de las Iglesias. (Algunos fueron positivamente excluidos de la Conferencia de Medellín; se ponen trabas a los educadores y pastores que son de izquierda; instituciones como Adveniat, Misereor y el Departamento Latinoamericano de la N.C.W.C. de E.E.UU. niegan su ayuda económica a las iniciativas de cristianos de izquierda y las burguesías no prestan su patrocinio para obtener dicha ayuda; no son invitados a participar en la redacción de documentos oficiales de las Iglesias, etc.) Muchos cristianos de base, al ver que los organismos de las Iglesias no acogen sus posiciones, pierden interés en el cristianismo oficial. Ellos desean un diálogo serio y crítico con sus Jerarquías, en las que suele primar una gran desconfianza hacia ellos a pesar de algunos gestos de buena voluntad. Así, por una parte se ven marginados del cristianismo oficial, y por otra parte van descubriendo el cristianismo evangélico y el rostro combativo de Jesucristo. Al pastor, católico o protestante, lo valorizan según su comprensión del evangelio de los pobres y su participación en la lucha por una nueva sociedad. Reconociendo su peso socio-cultural, los sacerdotes y pastores de izquierda se ponen al servicio del proyecto concreto de liberación que hay en Chile.

Al distinguir entre fe y religión ideologizada, los cristianos de izquierda pasan por una llamada "crisis de fe". Para muchos, el compromiso político con la clase trabajadora constituye la expresión concreta de la fe en Jesucristo. Su esperanza evangélica es un impulso crítico en el proceso de construcción del socialismo. Ya que hay una sola historia, el proceso revolucionario constituye el lugar privilegiado para ejercer el amor cristiano. Por ello, ubican la acción cristiana en la lucha de la clase oprimida y tienen como horizonte la "tierra nueva y el cielo nuevo" que es obra conjunta de Dios y los revolucionarios.

(4) Richard, José Pablo, "Racionalidad Socialista y verificación histórica del cristianismo", CEREN, U.C. de Chile, 12 Abril de 1972, pp.144-153.

3.- SOCIALCRISTIANISMO Y CRISTIANISMO REVOLUCIONARIO

Modo como funcionan ambos tipos de pensamiento.
Tres observaciones preliminares.

A.- El primero tiene una fisionomía clara, que ha ido afinando a lo largo de unos cuarenta años de historia. Se encuentra expresado en escritos que van desde la pastoral colectiva de 1932 "La verdadera y única solución de la cuestión social" hasta el documento de trabajo de 1971 "Evangelio, política y socialismo". Son hitos importantes de esta evolución "El deber social y político en la hora presente" (1962) y "Chile, voluntad de ser" (1968).

El segundo tiene una fisionomía menos clara por lo mismo que no tiene historia. Hay algunas declaraciones públicas, v.gr. la Declaración de los 80 (1971). Pero como este pensamiento se encuentra en el estado de la experiencia naciente, sus expresiones son sobre todo privadas (reflexión personal, pautas escritas con miras a la discusión en grupos). Y cuando son públicas, las escritas comprimentan solamente a su autor o a los pequeños grupos que lo firman.

En los documentos de la Jerarquía se citan abundantemente las grandes encíclicas sociales de León XIII, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Paulo VI. De hecho, esos documentos están concebidos como la aplicación para Chile de esas encíclicas. Rerum Novarum, Quadragesimo, Populorum Progressio, etc. son el resultado de un largo proceso de elaboración. Estamos pues, aquí en presencia de un pensamiento acabado. El cristianismo revolucionario, en cambio, casi no tiene fuentes que citar. Es un pensamiento que se busca. De aquí se sigue una consecuencia importante: no se puede aplicar los mismos criterios de interpretación a unas afirmaciones y otras, así como sería un error interpretar del mismo modo el lenguaje de una constitución conciliar y el de la larga elaboración oral y escrita que la precedió.

B.- Si del texto pasamos a los autores de estos documentos, encontraremos una pista útil para interpretarlos y para entender las diferentes actitudes de los católicos frente al proceso revolucionario latinoamericano. Los hombres que han redactado las encíclicas pontificias y los que han redactado las pastorales de los obispos chilenos, a menudo han tenido una doble formación: en ciencias sociales de tipo neo-marxista y en filosofía y teología escolástica. En los últimos 20 años las facultades católicas de teología han incorporado a su reflexión la problemática de la fenomenología y del existencialismo; la asimilación de Hegel y Freud se ha dado en círculos muy restringidos; la discusión de los planteos de Marx, Nietzsche, de la filosofía del lenguaje y del estructuralismo está recién comenzando. Huelga decir que la mayoría de los obispos se encuentra muy lejos de este universo y que difícilmente comprende lo que él puede significar para una mejor intelección de la fe y de la práctica cristianas. De aquí que en Chile hayan pasado desapercibidos una serie de matices de la Carta Apostólica de Paulo VI al Cardenal Roy. Basta para ello comparar este escrito pontificio, donde han trabajado hombres con una formación filosófica y social suficientemente al día, con el documento de trabajo de los obispos chilenos "Evangelio, política y socialismo".

Por otros caminos va la formación de los cristianos revolucionarios. Para la mayoría juega un papel decisivo el contacto directo con dirigentes obreros o campesinos. A menudo comparten su vida en las poblaciones o en los lugares del trabajo. Por lo general están recién aprendiendo del manejo del instrumental marxista para el análisis concreto de un proceso revolucionario. Los teóricos han ido llegando con un cierto retraso al cristianismo revolucionario. Como en todas las cosas vivas, es preciso que transcurra un lapso de experiencia antes de que se comience a teorizar sobre ella. La formación de estos teóricos tiene en común con la de los teóricos del socialcristianismo una base filosófico-teológica. Pero hay

una diferencia: los teóricos cristianos de la revolución han tenido por lo general un contacto fuerte, marcante, con algún gran autor moderno. Y esto trae más consecuencias de lo que a primera vista parece. Esta diferencia de formación engendra por de pronto serias dificultades de diálogo al interior de la Iglesia: se usan las mismas palabras, pero dentro de una lógica diversa, y a menudo el que usa una, no percibe a veces ni siquiera sospecha la otra.

C.- La doctrina social de la Iglesia bajo Pío XI y Pío XII era algo claro. A partir de Juan XXIII el pensamiento cristiano comienza a buscar una nueva manera de referirse a lo que pasa en la sociedad. Para un hombre que fue clave en los pontificados anteriores, Oswald von Nell-Breuning, Popularum Progressio es ya la "degradencia" de la doctrina social de la Iglesia. Los documentos recientes del papa y de la Jerarquía chilena son documentos de búsqueda. Sus autores mismos no tienen claro el tipo de pensamiento que está funcionando en ellos. Es sintomático que Paulo VI no quisiera conmemorar el octogésimo aniversario de Rerum Novarum con una encíclica, como lo había hecho Pío XI en el cuadragésimo aniversario, y se contentó con una Carta Apostólica, que es un inventario de problemas con algunas pistas de solución y algunas indicaciones sobre cómo abordarlos. Los obispos chilenos, para hablar del Evangelio y el socialismo, eligieron el género "documento de trabajo". La presentación es significativa:

Las líneas generales de este documento fueron fijadas en la Asamblea Plenaria y corresponden al pensamiento del Episcopado chileno. Pero la redacción definitiva del texto fue entregada a la Comisión Pastoral, para que lo presentara como un "documento de trabajo", es decir, como una orientación doctrinal destinada a iluminar y estimular las reflexiones y el compromiso personal de grupo de los cristianos. Esperamos que se trabaje con él en los destinos, círculos, organizaciones y comunidades de la Iglesia. En este sentido se trata de un documento interno de la Iglesia y dedicado, especialmente, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los laicos que tienen cargos directivos en la acción pastoral, a quienes invitamos cordialmente a estudiarlo, tanto personalmente como en grupos, y a transmitir su contenido -en la medida en que sea necesario- a todas las personas de quienes son responsables. (pp. 5-6)

El hecho de que los diarios lo hayan publicado y de que se haya usado abundantemente de él por parte de los políticos, no deroga en nada el que ha sido pensado por sus autores como un documento "interno" de la Iglesia. Menos claro es qué significa que sea documento de trabajo. Se pide que "se trabaje con él" ¿Cómo? Asimilándolo y difundiéndolo solamente o discutiéndolo también? Cualquiera que sea la intención subjetiva de los obispos o de algunos de ellos, la presentación escrita es objetivamente ambigua; no zanja la pregunta.

Sin embargo, estos documentos son a menudo leídos por gente que se formó en el estilo de pensamiento de la doctrina social de la Iglesia tradicional. Y aún si en ellos se intenta decir algo distinto, los lectores tienden a interpretarlo según los esquemas de pensamiento reformado. Por eso aquí vamos a tratar de caracterizar lo que es claro: el modo de pensar social cristiano y el modo de pensar marxista. Este último ha influido en diversa manera sobre los cristianos revolucionarios. Pero los hombres de carne y hueso son menos claros que estos esquemas: vienen del social cristianismo o están en vías de asimilar el marxismo. Esta asimilación en algunos es mecánica, en otros es creadora. En todos esos casos el producto no es químicamente puro.

Después de estas tres observaciones preliminares, vamos a caracterizar someramente ambos estilos de pensamientos. No nos referiremos directamente al contenido, sino, al modo general cómo opera la mente en el manejo de los diferentes

contenidos. Nuestro análisis se centrará en tres puntos capitales: relaciones entre la teoría y la praxis, pensamiento empírico y pensamiento dialéctico, sentido concreto de la historia.

4.- RELACION ENTRE TEORIA Y PRAXIS

Dos lógicas diferentes.

A.- En la lógica social cristiana -que no es exclusiva del socialcristianismo, sino que ha estado en la base del pensamiento occidental desde los griegos- la teoría se constituye antecedentemente a la praxis concreta de la historia. El presidente de las Semanas Sociales de Francia, Henri Lefebvre, lo expresaba de manera inequívoca en éstos términos: Sus ideas directrices (las de los católicos sociales) no se han elaborado bajo la presión de las circunstancias contemporáneas; responden a contingencias históricas, no son la obra de un día para responder a los deseos de un día. Manan inmediatamente de los dogmas de la Creación, del pecado original, de la Redención; dogmas revelados, de los cuales la Iglesia es la depositaria. (citado por J. VILLAIN, La enseñanza social de la Iglesia, Aguilar, 1957, p. 21)

B.- El pensamiento social cristiano no es absolutamente a priori. Es consecuente a una reflexión filosófica sobre la esencia humana en general; es consecuente también a la interpretación que el Magisterio de la Iglesia ha hecho de la revelación divina. Pero es antecedente a la consideración concreta de la historia. La ética social cristiana en buena medida se constituye sobre el modelo de lo que Santo Tomás llama "razón práctica". En la "Suma Teológica" explica repetidas veces cómo opera la razón práctica: a partir de los primeros principios, conocidos por sí mismos, se desciende deductivamente de las conclusiones próximas a las remotas. La historia no interviene para nada.

B.- A partir de Hegel, -y sobre todo de Marx, se constituye una lógica diferente. Ella parte de la base de que la relación humana es esencialmente conflictiva. El primer acto no es una reflexión sobre la esencia humana y sus primeros principios es el reconocimiento de que el hombre se encuentra, sin haberlo buscado, en medio de un conflicto. La vida cotidiana le plantea al hombre, problemas que él no ha escogido, y le exige resolverlos en un orden que a menudo tampoco puede escoger. La contestación consciente al conflicto es lo que se llama praxis. Pero la praxis no es algo arbitrario; supone reflexión: esa reflexión se llama teoría.

Veamos cómo se afronta en una y otra lógica la cooperación entre cristianos y marxistas. La encíclica Divini Redemptoria es transparente en su rechazo. "Puesto que el comunismo es intrínsecamente malo, no se puede admitir que colaboren con él, en terreno alguno los que quieren salvar de la ruina la civilización occidental". (n. 60) Más sutil es el Documento de Trabajo de los obispos chilenos: no rechaza de plano la colaboración con los marxistas, pero la rodea de reiteradas cautelas.

Ante la esperanza de un camino nuevo, en sólo el párrafo III, "Los cristianos y el socialismo", se emplean veintiseis veces las palabras peligro, riesgo y las que designan actitudes correspondientes, seducción, preocupación, inquietud, cautela, temor. Ello configura ya un clima, y ciertamente opuesto a todo impulso y entusiasmo. Pero es aún más grave el caso cuando notamos que, tal vez por dar sentido lo que toca al capitalismo, veinticu-

tre veces esas palabras se aplican al socialismo; una a socialismo y capitalismo, y una al solo capitalismo. Quince veces se emplean términos referentes a deshumanización: deshumanización, inhumano, anti-humano, destructor del hombre, mutilar, pisotear, ensangrentar. De ellas, doce se refieren al socialismo y dos a ambos... (Juan Luis SEGUNDO, La Iglesia Chilena ante el Socialismo).

En la encíclica Divini Redemptoris el contexto era la política de la mancha. En 1936 los comunistas decían: "hagamos frente juntos a la amenaza fascista que se extiende por Europa". El Papa contestaba: "no, porque el comunismo es intrínsecamente malo". Antes de entrar a considerar la situación histórica y sus peligros concretos, ya había una respuesta: "no podemos aliarnos a Uds. por razones de principio".

La cosa no es tan simple en el documento "Evangelio, política y Socialismo". Por de pronto se admite que los cristianos pueden colaborar con el marxismo. Pero se le colocan condiciones. "Para ello, es necesario conocer bien los riesgos objetivos que la colaboración con el marxismo puede implicar; tanto para los cristianos que en ella participen como para el país entero. Quienes creen no poder superar esos riesgos, no pueden en conciencia colaborar. Si pueden, en cambio, quienes se enfrentan en condiciones no sólo de contrarrestar esos peligros para sí mismos, sino también, de disminuirlos para el país entero, precisamente a través de esa colaboración que se supone impregnada de espíritu evangélico". (n. 32) Lo nuevo con respecto a Divini Redemptoris es que se entra a considerar las condiciones de una eventual colaboración. Allí se decía: "no se puede"; aquí se dice: "se puede, si..." Pero ¿de qué monto es la novedad? ¿No es verdad que la mayoría de los cristianos se encuentra de hecho del lado de "quienes creen no poder superar esos riesgos" y entonces "no pueden, en conciencia, colaborar"? La respuesta de "Evangelio, política y socialismo" era condicional; una vez despejada la condición, para la gran mayoría de los cristianos la respuesta sigue siendo: "no se puede".

Tratemos de profundizar un poco en el por qué de esta respuesta negativa de la mayoría de los cristianos. En el n. 31 se dice: "Los efectos deshumanizadores del capitalismo los hemos experimentado ya largamente y sabemos donde residen. Además, los Papas y nosotros mismos los hemos denunciado anteriormente en repetidas ocasiones, y Paulo VI vuelve a hacerlo en su última Carta Apostólica. Muchos cristianos, en cambio, no saben ubicar exactamente cuáles son aquellos aspectos del marxismo que merecen especiales resacas a la luz de una visión cristiana del humanismo. ¿Cuál es la situación de una importante mayoría de cristianos, justamente los que están más cerca de los obispos y sacerdotes?" Han escuchado desde hace muchos años del ateísmo, materialismo y "economicismo" práctico del método marxista. Han oído hablar con frecuencia de los atropellos a la dignidad de la persona humana, de los males de una dictadura marxista y de las persecuciones que bajo ella sufren los católicos. Esos "muchos cristianos" que no ubican bien los peligros, aún si son muchos, son la minoría. La mayoría los ubica bien; en cambio, no se puede decir que esa mayoría visualice adecuadamente "los efectos deshumanizadores del capitalismo" pese a que los obispos y el Papa los hayan "denunciado anteriormente en repetidas ocasiones". De hecho los obispos minusvaloran la falta de percepción de los peligros actuales del capitalismo por parte de la mayoría de los cristianos, y en cambio sobrevolaron la falta de percepción de los peligros potenciales del marxismo por parte de la minoría de los cristianos. ¿Cómo explicar esta diferente valoración? La razón sería a nuestro juicio que, en forma sutil sigue operando el esquema de una teoría que se constituye antecedentemente a la práctica concreta. Ni la situación actual del capitalismo en Chile, ni la situación actual del marxismo en Chile es lo que dicta la selección de los énfasis, sino el juicio teórico acerca de los errores del marxismo.

ción de la cual hay que salir: diversas formas de marginalidad, desigualdad excesiva entre las clases sociales, frustración creciente de las expectativas, poder represivo injustamente ejercido por ciertos sectores dominantes, tensiones que derivan de la dependencia de nuestros países de un centro de poder económico, distorsión creciente del comercio internacional, fuga de capitales económicos y humanos, evasión de impuestos por parte de diversas compañías extranjeras, fuga de ganancias y dividendos, endeudamiento progresivo, monopolios internacionales e imperialismo internacional del dinero, imperialismo político de cualquier signo ideológico, etc. (Iglesia y Liberación Humana. Los documentos de Medellín. Editorial Nova Terra, Barcelona 1969, pp.68-73).

De esta situación hay que salir, ¿Pero en qué dirección hay que caminar?

El sistema liberal capitalista y la tentación del sistema marxista parecieran agotar en nuestro continente las posibilidades de transformar las estructuras económicas. Ambos sistemas atentan contra la dignidad de la persona humana; pues uno tiene como presupuesto la primacía del capital, su poder y su discriminatoria utilización en función del lucro; el otro, aunque ideológicamente sostenga un humanismo, mira más bien al hombre colectivo, y en la práctica se traduce en una concentración totalitaria del poder del Estado. Debemos denunciar que Latinoamérica se ve encerrada entre estas dos opciones y permanece dependiente de uno u otro de los centros de poder que canalizan su economía.

Hacemos, por ello, una llamada urgente a los empresarios, a sus organizaciones y autoridades políticas, para que modifiquen radicalmente la valoración, las actitudes y las medidas con respecto a la finalidad, organización y funcionamiento de las empresas. Merecen aliento todos aquellos empresarios que, individualmente o a través de sus organizaciones, hacen esfuerzos por orientar a las empresas según las directivas del magisterio social de la Iglesia. De todo ello dependerá fundamentalmente que el cambio social y económico en Latinoamérica se encamine hacia una economía verdaderamente humana.

...ni el monto de los capitales, ni la implantación de las más modernas técnicas de producción, ni los planes económicos, estarán eficazmente al servicio del hombre, si los trabajadores, salvada la "necesaria" unidad de dirección de la empresa", no son incorporados con toda la proyección de su ser humano, mediante la "activa participación de todos en la gestión de la empresa, según las formas que habrá que determinar con acierto". (Gaudium et Spes, n. 68), y en los niveles de la macroeconomía, decisivos en el ámbito nacional e internacional. (Op. cit., pp. 59-60)

Si del análisis del proceso económico-social pasamos al de la conciencia social, vemos que la lógica del socialcristianismo se mueve dentro de las categorías de justicia y paz (Populorum Progressio, n. 5), de un humanismo del desarrollo, personal y comunitario a la vez (nn. 14-18), de la caridad universal (nn. 66-74), de la solidaridad de todos (n. 80) (Of. también Gaudium et Spes, parte I, cap. 2, nn.23-32). En esta lógica la conciencia social se encuentra en conformidad con estas virtudes o en contradicción con ellas, en actitudes de injusticia, de egoísmo, de violencia, etc. Conciencia social es aquí sinónimo de conciencia ética; es la conciencia moral en una de sus dimensiones la que mira a la sociedad.

El socialcristianismo percibe los fenómenos, pero no percibe adecuadamente las conexiones que hay entre ellos. Hegel fue el primero en poner de manifiesto un género de conexiones que se han revelado de la más alta importancia para el

pensamiento y la acción de nuestra época. Él vio que los fenómenos no se dan aisladamente sino que forman un todo, un todo ligado en donde la contradicción juega un rol capital. Vió también que hay fenómenos de superficie y fenómenos de profundidad, que las causas reales de lo que se mueve en superficie están a mucha distancia de ella, en un terreno totalmente distinto y a veces insospechado. Vió que el pensamiento, también el pensamiento filosófico y teológico está profundamente condicionado por lo que sucede en la estructura socio-económica. Vió finalmente que no tiene sentido plantear la cuestión ética, independientemente del movimiento total de la realidad, que no es posible dar mandamientos que miren a la superficie de lo real y le ordenen cambiar lo injusto por lo justo, que hay que ir a las raíces ocultas. A este tipo de relaciones le dió el nombre de "dialéctica". Lo que es necesario para captar las cosas dialécticamente es captarlas empíricamente, es decir, tal como se dan inmediatamente a la experiencia.

Hegel es solamente el fundador del método dialéctico. Después de él, ha sido desarrollado en diferentes direcciones: Freud lo ha desarrollado en la dirección del inconsciente; Marx, Lenin y Mao, en la dirección del análisis de la economía de la sociedad y de la política. Hoy día hay quienes buscan integrar ambos tipos de análisis. Hay igualmente quienes retoman todo esto desde el punto de vista de la filosofía y de la teología. Se puede discrepar de los análisis concretos que han hecho estos autores; se puede discrepar también de algunos de sus supuestos más profundos. Pero lo que cada vez se impone con mayor claridad es que han hecho un aporte significativo para el análisis de la realidad humana. Este aporte puede ser perfeccionado; puede ser recreado y transformado; pero no puede ser dejado de lado pura y simplemente.

Hemos calificado el socialcristianismo como pensamiento empírico por oposición al pensamiento dialéctico. Las razones de esta calificación aparecerán al exponer las características del cristianismo revolucionario, que surge como un intento de superar las insuficiencias del socialcristianismo.

B.- Marx fué el primero que captó el capitalismo como un todo ligado; un todo en donde las partes están en una constante interacción dialéctica: producción, clases sociales, Estado, derecho, ideología, conciencia. No es posible pensar una de ellas sin tener constantemente presentes todas las demás. Tampoco es posible pensarlas en el gabinete del intelectual, en una isla de neutralidad desde donde podría ver "objetivamente" lo que pasa. En la década del '60, los cristianos empezaron a darse cuenta que el socialcristianismo, por ignorar este enfoque, terminaba en la contraria de lo que pretendía ser: quería liberar al hombre de los males del capitalismo y en la práctica el capitalismo era más fuerte que él y terminaba por digerirlo y utilizarlo. Fue entonces cuando los cristianos empezaron a buscar en el marxismo; los ingenuos con ingenuidad, los perspicaces con perspicacia.

El régimen capitalista ha demostrado una sorprendente vitalidad y capacidad de adaptación frente a las incesantes novedades que depara la historia. El reformador socialcristiano, en cambio, al no comprender su lógica, ha ido llegando casi siempre de atrás. En 1931, Pío XI se felicitaba porque en parte gracias a la encíclica Rerum Novarum en Europa se ha avanzado grandemente en materia de justicia social hacia el trabajador. Lo que sucede es que el capitalismo ha cambiado de explotado principal y lo ha desplazado hacia los países coloniales. Alrededor del año 70 la palabra "imperialismo" ingresa al vocabulario de los documentos pontificios o episcopales. Pero sucede que Lenin había ya analizado el fenómeno del imperialismo 50 años antes. Ahora que la Iglesia denuncia el imperialismo del dinero y la injusticia de los países ricos, sucede que el punto clave de la explotación se ha desplazado de nuevo hacia el saber tecnológico y la capacidad de administrarlo y hacia los conglomerados multinacionales, a menudo más poderosos que los países. Por último, en el momento en que esto se comienza a percibir, el punto clave de la

explotación se ha desplazado hacia la ideología y los medios de comunicación y de educación que la transmiten.

El movimiento de la historia lleva la lucha por liberación al terreno de la conciencia, que es precisamente aquel donde el cristiano tiene más que aportar. Pero esto supone que tenga una idea correcta de lo que es la conciencia social. Ésta no es ante todo una conciencia ética, como se lo figura el socialcristiano. Es primero que nada una conciencia falsa. El capitalismo para poder explotar bien necesita disimular el hecho tanto a los ojos del explotador como del explotado. El explotador cristiano escucha con frecuencia sermones y exhortaciones de sus obispos. Se supone que tiene además sentimientos humanos. Si creyera que está explotando, tendría que afrontar al menos un conflicto en su conciencia. Pero si no sospecha que lo hace, ya puede escuchar todos los llamados a la generosidad y al amor; está perfectamente vacunado con respecto a ellos. La gracia de la ideología está en resentarle como respetable y "confirmar al orden natural de las cosas" lo que de hecho es explotación. Algo análogo podría decirse del rol que la ideología juega con respecto al explotado, cambiando por supuesto los términos del razonamiento.

Un terreno privilegiado de trabajo de los cristianos revolucionarios debería ser desenmascarar la ideologización de la vida cristiana: ideologización de la fe, de la esperanza y de la caridad; ideologización de los sacramentos; ideologización de las instituciones cristianas. Esto supone un doble punto de partida: 1º la fe, el sacramento, la institución cristiana no se reduce a la ideología, y 2º cada una de sus realidades está, sin embargo, sometida dentro de ciertos límites al peligro de la ideologización. Lo explicaremos con un ejemplo muy significativo tanto para la revolución como para la experiencia cristiana: la lucha de clases.

Los documentos de los Pontificados de León XIII, Pío XI y Pío XII hablan expresamente de la lucha de clases y la rechazan. Ahí aparece siempre asociada con el odio. "Los comunistas afirman que el conflicto que impulsa al mundo hacia su síntesis final puede ser acelerado por el hombre. Por esto procuran exacerbar las diferencias existentes entre las diversas clases sociales y se esfuerzan para que la lucha de clases, con sus odios y destrucciones, adquiera el aspecto de una cruzada para el progreso de la humanidad". (Divini Redemptoris, n. 9) Pío XII vuelve sobre la misma idea y acentúa la necesidad de colaborar con las otras clases sociales. (Discurso a las Asociaciones Católicas de Trabajadores Italianos, de 29 de Junio de 1948, nn.21-23) Luego el término "lucha de clases" desaparece de las encíclicas de Juan XXIII y Paulo VI. Finalmente reaparece en la reciente Carta de Paulo VI Octogesima adveniens, pero esta vez no se menciona el "odio". ("Si a través del marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse estos diversos aspectos... sería ilusorio y peligroso el llegar a olvidar el íntimo lazo que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso". n.34)

Esta es la doctrina pontificia. Veamos ahora cómo se refleja en Chile. En 1932 los obispos emiten una pastoral colectiva titulada "La verdadera y única solución de la cuestión social". En ella no hay mención explícita del comunismo y socialismo, a pesar de que habían sido condenados en Rerum Novarum y en Quadragesimo Anno. Obviamente esas no son tentaciones para los cristianos. Estos se encuentran sólidamente instalados en el liberalismo manchesteriano y contra él va dirigida toda la pastoral. Conviene mencionar eso sí, los consejos que se le dan a los obreros. "Los obreros están obligados: 3º "A abstenerse de la fuerza en la defensa de sus propios derechos y no armar jamás sediciones, ni hacer juntas con hombres malvados que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas prome-

sas, a que se sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas". (p. 38) Y más adelante prosigue la pastoral: "Usando de este natural derecho de asociación, los obreros se han unido en innumerables asociaciones. Jamás ha habido tantas como en el presente. Pero ¿tienen como finalidad el verdadero bien de los asociados y de la sociedad? ¿Las anima un espíritu de justicia y de paz?" No es éste el lugar de examinar de dónde muchas de ellas nacen, qué quieren y por qué común van. Créese, sin embargo, y muy fundadamente, que las gobiernan, por lo común, ocultos jefes que les dan una organización que a veces bien con el nombre cristiano y el bienestar del Estado, y que, acaparando todas las industrias, obligan a los que no se quieren asociar con ellos a pagar su resistencia con la miseria." Son organizaciones de resistencia y de fuerza, y la violencia impera en ellas. Sus jefes son dictadores y los asociados gimen bajo una ominosa dictadura. No pueden éstos retirarse, porque sería objeto de persecución, y se ven como obligados a seguir caminos que su conciencia les reprocha. Los obreros cristianos se hallan en esta disyuntiva: "o dar su nombre a sociedades en que se ponga a riesgo su religión, o formar ellos entre sí sus propias asociaciones, y juntar sus fuerzas de modo que puedan valerosamente libertarse de aquella injusta e intolerable opresión." "Y que se deba optar por este último, ¿quién habrá que lo dude, si no es el que quiera poner en eminentísimo peligro el sumo bien del hombre?" Así lo comprendieron los buenos católicos y con celo y entusiasmo comenzaron a organizar sociedades obreras, animadas de espíritu cristiano, libres de todo despotismo demagógico, y fecunda en toda clase de bienes para los asociados y para la sociedad civil. "Dánles ánimo y extienden a ellos su protección los obispos. Bajo su autoridad y auspicios, muchos individuos del clero secular y regular tratan de suministrar a los asociados cuanto a la cultura del alma pertenece. Y no faltan los católicos muy ricos, que, haciéndose en cierto modo compañeros de los obreros, se esfuerzan a costa de mucho dinero, por establecer y propagar en muchas partes estas asociaciones, con la ayuda de las cuales, y con su trabajo, pueden fácilmente los obreros procurarse, no sólo algunas comodidades en lo presente, sino también la esperanza de un honesto descanso en lo porvenir." (pp.48-49) (Los trozos que van entre comillas al interior del pastoral son citas textuales de Rerum Novarum y pertenecen a los nn. 14, 37 y 38 de esta encíclica).

Treinta años después el pensamiento de los obispos no ha cambiado en lo sustancial: siguen asociando en forma inmediata, lucha de clases con odio, envidia y destrucción. En "El deber social y político en la hora presente" n. 20 reproducen el texto de Divini Redemptoris n. 9 antes citado. La encíclica, escrita veinticinco años antes, seguía teniendo vigencia en Chile. El documento de los obispos fue entregado a la publicidad el 18 de septiembre de 1962 y estaba llamado a tener un real influjo en la campaña electoral que culminó con la elección de Frei. Después el término "lucha de clases" desaparece del vocabulario episcopal y se sigue exhortando solamente contra el odio y la violencia. (Of. "Chile, voluntad de ser" n. 36 y la muy reciente Declaración de los Obispos, de 11 de abril de 1972, nn. 3, 4, 5, 8) Pero ya la asociación está hecha: varias generaciones de cristianos han sido formados en ella. El término "lucha de clases" reaparece en "Evangelio, política y socialismo", n. 53 en una situación textual de la Carta Apostólica Octagesima adveniens n. 34. Esta vez no hay mención del "odio"; el concepto aparece como uno de los elementos claves en la lógica global del pensamiento marxista.

De estas abundantes citas se desprenden dos cosas. Primero, que en Chile no se ha pensado nada auténtico acerca de la lucha de clases: los documentos episcopales se limitan a reproducir a la letra los párrafos pertinentes de los documentos pontificios. Segundo, que los documentos pontificios, al poner el énfasis en el odio, han pasado al lado de lo esencial. La lucha de clase engendra odios; pero esto no es el medio. Así como una guerra engendra odios, pero no se hace para darle a los hombres la ocasión de desahogar su agresividad, sino para conquistar el poder. La "lucha de clase" es una forma particular de guerra y como tal un concepto político y no un concepto psicológico. La persona malediciente que indispone a unos contra

otros en un grupo "siembra odios", y ése puede ser su fin principal. Aquí se engendran odios, no porque alguien los "siembre" sino porque la situación objetiva de desigualdad los hace surgir en el momento que se percibe esa situación que estaba latente. Pero además, el odio y la envidia son propios del que no tiene. Hasta ahora lo habitual era que experimentara el odio, el desposeído que abre los ojos. Pero hay un momento en un proceso revolucionario en que el odio cambia de sujeto: empieza a experimentarlo el poseedor que se siente amenazado en sus intereses. El otro experimenta más bien esperanza, aunque por cierto no se puede borrar de una plumada una vieja historia de resentimientos.

La ideologización de la caridad y del sacramento en donde ella se expresa por excelencia, la Eucaristía, opera en tres sentidos. En primer lugar, al identificar sin más lucha de clases con odio y desunión, tiende a desmatricular al cristiano de ella. En segundo lugar, al ocultarle el carácter de lucha por la justicia con un método propio, confunde al cristiano, que no sabe ubicar bien en dónde están los verdaderos enemigos de la justicia. En tercer lugar, al propiciarse un camino propio de lucha cristiana por la justicia, debilita la unidad de la clase obrera, la cual unidad es clave para el éxito en el combate.

La "desideologización" deberá operar en los mismos tres sentidos. Es cierto que las preferencias innatas del cristiano están por la paz y -- por la unión. Pero esas preferencias no pueden ser la expresión de deseos ingenuos. Las preferencias del enfermo están evidentemente por la salud. Pero si quiere que esas preferencias se realicen tiene que partir de una lúcida conciencia de su realización de enfermo. El cristiano quiere naturalmente la unión de todos. Pero justamente para que esta unión sea posible, no debe partir dándola por ya realizada. Sería como el enfermo que se supone ya sano. La unión a la cual aspira el cristiano no es una unión ya dada sino una unión que hay que construir. Las preferencias del cristiano están por la paz; pero el combate a menudo no se ajusta a sus preferencias: la dosis de violencia la señala el que se resiste a verse despojado de sus -- privilegios. Esto había sido dicho desde hace mucho tiempo por los estrategas marxistas. Pero los hechos que ha vivido Chile desde el 4 de septiem-- bre de 1970 han ofrecido abundante material para confirmar esta apreciación.

En segundo lugar, por lo que toca a la lucha, el cristianismo debe plantearse el problema de la justicia de los objetivos y de la justicia de los medios. No de una justicia abstracta, sino de una justicia concreta sometida al movimiento dialéctico de la historia. A este respecto hay un -- texto de Lenin que conviene considerar

(El marxismo) reconoce las más diversas formas de lucha, pero -- sin "inventarlas" sino simplemente generalizando, organizando e in-- fundiendo conciencia a aquellas formas de lucha de las clases re-- volucionarias que por sí mismas surgen en el curso del movimien-- to. El marxismo, que rechaza incondicionalmente todo lo que sean fórmulas abstractas o recetas doctrinarias, reclama que se pres-- te la mayor atención a la lucha de las masas en marcha... De ahí que el marxismo no rechace incondicionalmente ninguna forma de -- lucha. El marxismo en modo alguno se limita a las formas de lu-- chas posibles y existentes solamente en un momento dado, sino -- que reconoce la inevitable necesidad de formas de lucha nuevas, desconocidas para quienes actúan en un determinado periodo y que surgen al cambiar la coyuntura social dada. En este aspecto, el marxismo = aprende, si vale la expresión, de la práctica de las masas y na-- da más lejos de él que la pretensión de enseñar a las masas formas de lucha caviladas por "sistematizadores" de gabinete... Que rer contestar simplemente que sí o que no a un determinado medio

de lucha, sin entrar a considerar en detalle la situación concreta del movimiento de que se trata en una fase dada de su desarrollo, equivale a salirse totalmente del terreno del marxismo.

Sobre este pasaje cabe hacer dos observaciones:

- 1.- el cristianismo no aceptará cualquier medio de lucha, no captará la calumnia, por ejemplo.
- 2.- el marxismo no descartará a priori la colaboración de quienes autoimprime ciertas limitaciones en la lucha. La llegada de grupos significativos de cristianos a la lucha revolucionaria puede aportar a éstas transformaciones cualitativas importantes. Todo dependerá de cuántos y cuán creadores sean ellos. En la Edad Media la Iglesia se encontró implantada en el seno de una sociedad bárbara en la cual los señores tenían la costumbre ancestral de guerrear. La Iglesia no se limitó a expresar líricamente su preferencia por la paz, sino que tomando a los hombres tales cuales eran trató de crear un estilo de guerra en el cual de alguna manera se reflejara el espíritu del evangelio. Un escritor contemporáneo ha escrito: "el cristiano es el hombre que se pasea por un campo de batalla con una flor en la mano". Eso es lo que trata de evitar el cristiano revolucionario. El campo de batalla no lo ha buscado; ha sido lanzado a él por la vida. Las flores no están totalmente fuera de lugar; pero hay que saber esperar el momento para ellas, y entretanto combatir.

En tercer lugar, el cristiano deberá luchar por la unidad de la clase trabajadora, siendo la unidad una clave del éxito. En el interior de este terreno donde puede manifestar más creadoramente su preferencia por la unidad, tratando de superar sectarismos miopes. La unidad de la clase trabajadora es en gran parte una tarea de lucha ideológica. La tentación del consumo es uno de los grandes factores de división de los trabajadores, pues los coloca en una carrera competitiva de obtención de beneficios individuales o de grupo. Hay, pues, tareas que son muy propias del cristiano, pero esto supone que él se sitúa dentro, no al lado del proceso revolucionario.

6.- Sentido Concreto de la Historia.

La comunidad judía primero y más tarde la comunidad cristiana, se caracterizan entre todos los pueblos de la antigüedad por su profundo sentido de la historia. Sus miembros saben que la vida es camino hacia una liberación por venir, o bien en lo sustancial ya realizada, pero necesitada todavía de implementación. Pero si bien el cristiano ha tenido siempre claras las grandes coordenadas del tiempo histórico, no sucede lo mismo con las coordenadas particulares, con el trayecto concreto de la historia. Lo que pasa es que la ciencia de la historia es de invención reciente: Hegel, Marx y Heidegger, entre otros, han abierto la ruta en varias direcciones.

a) La falta de sentido histórico concreto del social-cristianismo es consecuencia de las dos afirmaciones anteriores: la teoría se constituye antecedentemente a la consideración de la praxis histórica y la praxis es una praxis empírica. La teoría se mueve en el reino de la necesidad, pero de una necesidad ahistórica: la de la esencia humana tal como es conocida por la reflexión metafísica o por la palabra revelada. Por otro lado la práctica es el reino de la contingencia pura. No hay nada intermedio que ponga un orden y constituya algo así como una lógica de la historia. El socialcristianismo da principios, mandamientos de ética social. Pero no dice cómo avanzar hacia su realización; esto queda entregado a los "técnicos". El resultado es que el día que el socialcristianismo se convierte en gobierno se ve tragado por la lógica del régimen capitalista, aún cuando pretenda ser una superación de él.

Esto no ha sucedido al nivel individual. Desde muy temprano, junto a la dogmática y moral, se constituyó una espiritualidad, que es cien-

cia del camino, concreto que recorre el hombre en busca de la unión con

Dios. Los místicos y grandes autores espirituales han descrito el itinerario y los peligros de este camino, han desarrollado una teoría práctica de la tentación, de la decisión (discernimiento de espíritus), de los medios para afrontar las dificultades, etc. En resumen, en la Iglesia ha habido desde muy antiguo un sentido de la historia concreta individual; lo que ha faltado en el socialcristianismo es sentido de la historia concreta social.

b).- De nuevo esto es lo que los cristianos revolucionarios han buscado en el marxismo: una estrategia y una táctica. Como en el caso de la lucha de clases, no se trata de tomarlas mecánicamente, sino de asumir-las recreando.

Hace poco se publicaron los papeles de la I.T.T. Para muchos cristianos esto ha sido una revelación. Para alguien formado en el método marxista de análisis de la historia no lo es. Cualquiera familiarizado con el análisis leninista del imperialismo debía presumir un intento como el que tuvo lugar en septiembre-octubre de 1970. Y en la base a esta presunción podía orientar sus pesquisas. Fue lo que hizo la Unidad Popular en aquella fecha. Los obispos, en cambio, que no habrían dudado en condenar la intentona de llevar al país a una guerra civil, no pudieron hacerlo por falta de un esquema anticipatorio que les permitiera recoger la información necesaria para actuar.

En ciencias exactas se puede prever con bastante exactitud y hoy se hacen desembarcar artefactos sobre la superficie lunar con aproximación de centímetros. La exactitud de la ciencia marxista de la historia, por supuesto, es menor. Se mueve en el campo de la libertad, donde el margen de lo imprevisto es muy grande. Pero se mueve en el campo de una libertad estructurada, en donde el margen de lo previsible va mucho más allá de la pura conjetura del buen ojo histórico.

TERCERA PARTE

TRAZANDO LINEAS DE ACCION

El proceso que vive Chile señala ciertas prioridades a los cristianos que luchan por el socialismo. Mientras la clase dominante fortalece su alianza con grupos "independientes" y atrae a sectores populares, constituyendo una oposición creciente, las fuerzas revolucionarias avanzan con dificultad y lentitud. El pueblo está dividido, y sólo una parte pequeña pero eficaz en su acción y conciencia actúa en forma organizada y revolucionaria. Hay pues una gran tarea de movilización popular y de unificación combativa del pueblo a fin de consolidar el proceso hacia el socialismo. Esta labor política no puede separarse de la urgencia cultural de la lucha ideológica. El comportamiento y la conciencia de la burguesía ha penetrado en la masa popular, dificultando la toma de conciencia de la clase trabajadora. Esa cultura burguesa contiene caracteres religiosos y está fortalecida por la ideología social cristiana. La batalla ideológica pasa a ser de primera importancia, y en ella está en juego la ideología religiosa de la mayoría de los chilenos.

En este proceso chileno al socialismo aparece en forma intensa la vocación del pueblo a construir una nueva sociedad. Los cristianos de izquierda reconocen el llamado histórico que Dios hace hoy al pueblo de Chile para liberarse de las cadenas del neo-capitalismo y hacer una nueva sociedad. Se aprecia en la lucha revolucionaria actual, un encaminarse hacia el Reino de Dios, porque en esta historia conflictiva El acompaña como siempre a los pobres en su liberación histórica. En respuesta al llamado de liberación que Dios despierta en el pueblo, los cristianos de izquierda se comprometen cada vez más en la lucha de la clase trabajadora.

1) Calidad del compromiso cristiano

El amor del cristiano al prójimo es concreto y universal en el compromiso con la clase trabajadora y su proyecto histórico. Porque del propio pueblo organizado como clase trabajadora y orientado con racionalidad revolucionaria por sus dirigentes ha brotado la estrategia de la construcción del socialismo. Así, la solidaridad con los obreros, campesinos y empleados se convierte en caridad eficaz y revolucionaria; porque el socialismo que sea fruto de la clase trabajadora contribuye a liberar a todo el pueblo. El compromiso del cristiano está por lo tanto en la causa de los trabajadores y es en ella donde se comparte la causa liberadora de Cristo que plenificará la historia.

Los trabajadores tienen sus organizaciones, partidos y movimientos de clase. Los cristianos de izquierda se ubican en esos frentes de lucha y no forman organismos paralelos. El compromiso real y auténtico con los trabajadores implica asumir la disciplina y la estrategia de las fuerzas organizadas de su clase. Combatiendo junto con los no-creyentes, los cristianos valen por la calidad y eficacia de su acción, y están dispersos en medio de sus compañeros. Pero cualquiera sea su posición en la izquierda chilena, los cristianos tienen como imperativo la causa unitaria, ya que sin la unidad de toda la izquierda el pueblo será vencido.

La clase trabajadora tiene y va conquistando una fraternidad que no se puede encontrar en otra parte. Aunque es cierto que sufre trágicas divisiones y sectarismos, en su larga y heroica trayectoria histórica va consolidando una unidad que apunta a la fraternidad futura. Este orden fraternal impulsa a destruir el desorden establecido de la sociedad neocapitalista. En razón de la lucha de esta igualdad fraterna, los cristianos de izquierda se ubican, en el contexto de la lucha de clases, en medio de la clase oprimida. Por una parte, al rico se le quitan sus instrumentos de explotación.

tación para que pueda convertirse, en la medida que deja de ser rico, en hermano del pobre. Por otra parte, estos cristianos están unidos con todos los oprimidos de Chile para que rompan sus cadenas y puedan construir la igualdad.

En base a la acción revolucionaria de los trabajadores, en que se va formando el hombre nuevo, los cristianos de izquierda celebran la eucaristía. Cristo, el Hombre Nuevo "enviado a liberar a los oprimidos" (Lucas 4), se entrega hasta las últimas consecuencias. Su sacrificio introduce un dinamismo de unidad al interior del proceso de lucha de clases, pero este dinamismo no suprime la lucha de clases sino que la orienta hacia la eventual desaparición de las contradicciones que la originan. Sólo entonces habrá surgido efectivamente el hombre nuevo y la Paz (cf. Pablo a los Efesios, 2). Compartiendo el cuerpo y la sangre del Señor, estos cristianos se hermanan con los pobres, su lucha y su meta.

2) Movilización popular

Los cristianos que participan positivamente en el proceso tienen a su alrededor a una masa que permanece como observadora de la revolución o actúa en oposición a ella. Numerosos sectores populares han sido conquistados por las fuerzas de derecha, cayendo en la práctica reformista o el conformismo apatronado. Otros sectores están a la defensiva y no participan porque rechazan el juego político tradicional y sus abusos. Frente a esta situación, los cristianos revolucionarios asumen la tarea de incorporar a elementos de esos sectores al proceso. Consideran que las condiciones de explotación estructural en que ha estado el pueblo serán superadas si él mismo toma conciencia y actúa en forma revolucionaria. La mayor parte del pueblo tiene una conciencia religiosa ideologizada y ha estado a menudo aplastado por grupos que se proclaman "cristianos". Por todo ello, los cristianos de izquierda se proponen ayudarlos a salir de su engaño y pasividad, motivándolo a la acción de liberación.

Dado que el sistema neo-capitalista y la clase dominante han dejado al país sumido en contradicciones y problemas de todo orden, el proceso hacia el socialismo tiene que superar grandes obstáculos. Además, la misma clase trabajadora está dividida y no ha alcanzado la suficiente unidad revolucionaria que asegure la victoria. Así es que se requiere mucho sacrificio de parte del pueblo para romper con sus aspiraciones burguesas y su individualismo, y para derrotar a las fuerzas que lo oprimen. Los cristianos revolucionarios, impulsados por la fe y un realismo político, no se dedican a repartir promesas de bienestar inmediato. Por el contrario, afirman la necesidad del sacrificio y la lucha desinteresada por el bienestar de toda la clase trabajadora.

Los cristianos que participan en el proceso hacia el socialismo saben que es una lucha a largo plazo y que a corto plazo impone ciertas condiciones. Porque en forma inmediata la clase trabajadora va superando las injusticias de la sociedad capitalista y va disfrutando de las condiciones mínimas de una vida humana. Pero para conquistar todo el poder hay que enfrentar las tareas difíciles y exigentes del cambio revolucionario. Hay un dinamismo permanente en el pueblo, impuesto por la sociedad capitalista, de volver atrás a la seguridad de la dependencia. Tomando en cuenta todo esto, los cristianos de izquierda acompañan e impulsan a la masa popular en sus avances inmediatos y en la estrategia de la liberación total.

La esperanza marca en forma decisiva el actuar de los cristianos revolucionarios. El éxodo de una situación opresiva a una sociedad socialista requiere una práctica política a la vez realista y "utópica". Ellos

comprenden que si el pueblo no está movilizadno no habrá revolución. Pero — además, ven que si el pueblo no tiene en su movilización la meta de la liberación total, entonces se quedará trancado en el reformismo. La esperanza cristiana pasa a ser así el motor de la acción de los cristianos de izquierda. Su acción va en la línea de la revolución permanente a fin de hacer irreversible la marcha hacia el socialismo y una sociedad verdaderamente igualitaria y fraternal. Porque el objetivo del pueblo movilizadno es una tierra y un cielo nuevo. Para ellos, el Dios del Exodo urge en forma permanente dejar atrás la injusticia e ir avanzando hacia una sociedad nueva, que es tarea conjunta del Dios de Jesucristo y de los revolucionarios. En el proceso chileno hacia el socialismo se siguen generando estructuras y relaciones deshumanizantes, y contra ellas combaten continuamente los cristianos que están en la lucha de la clase trabajadora.

3) Conquista de una nueva conciencia. El sistema neocapitalista con sus medios de dominación cultural, impone una ideología que era alienación en el pueblo. Actuando según pautas de ese sistema, la propia masa popular desarrolla una subcultura dependiente y reformista. Por ello, la conciencia revolucionaria surge sólo si el pueblo actúa en forma organizada en el campo y en la ciudad. Cuando los trabajadores se movilizan como clase, entonces se desarrolla su conciencia de clase y su proyecto de socialismo. Para asegurar el proceso chileno es indispensable el fortalecimiento de la conciencia de clase. Los cristianos de izquierda tienen como tarea primordial colaborar en la conquista de esta nueva conciencia a través de la acción revolucionaria, tanto en ellos mismos como en sus compañeros de lucha y en la masa popular. La concientización ya no está pues en el puro plano verbal o ideológico, sino que en plano de la praxis político-cultural. Por eso es tan importante, la profundización y extensión del área social de la economía y la reforma agraria, y la participación en las acciones y organizaciones de la izquierda.

La ideología burguesa utiliza la fe cristiana, convirtiéndola en una religión legitimadora de la dominación y en valores pseudo-cristianos. A la democracia y la libertad le han dado un carácter sagrado y han hecho de la "caridad" algo incompatible con la revolución. Los derechos de la persona humana, que en su versión corriente han funcionado como los derechos de la clase dominante son defendidos como elementos esenciales para el cristianismo. En estas y otras formas se difunde ampliamente la ideología social-cristiana. A través de las últimas décadas se ha arraigado un anti-comunismo que tiene un fondo de carácter religioso, desviando la atención del problema fundamental de la explotación y el subdesarrollo a la problemática del marxismo y un falso nacionalismo. Respondiendo a estos hechos y muchos más, los cristianos revolucionarios consideran de primera importancia la batalla ideológica. Así ocurre, porque aprecian el evangelio y la fe que han recibido, y no pueden aceptar que destruyan a Jesucristo, su Iglesia y sus Sacramentos y los convierta en defensores del neo-capitalismo y los intereses de una minoría. Participan también en la tarea de desideologización porque es necesario combatir el carácter religioso de la dominación cultural, a fin de que el pueblo pueda liberar su conciencia. Por su testimonio de compromiso evangélico y revolucionario, los cristianos y particularmente los pastores, religiosos, sacerdotes y obispos tiene una capacidad de facilitar la participación de la masa cristiana al proceso de construcción de una nueva sociedad, en la medida que el evangelio se hace presente en el proceso.

Como ya ha sido señalado, desde fines de la década del 60 hasta el presente, un número considerable de cristianos participan en el proyecto socialista de la clase trabajadora. Aunque constituyen minorías dentro de las Iglesias, y contrasta con la función mayoritariamente reformista de "lo cristiano", ellos han impactado fuertemente la conciencia nacional. Ser revolucionario y ser cristiano ya no son incompatibles, o casos aislados. Algunos de estos cristianos revolucionarios han visto la necesidad de apoyo y desafío mutuo, y para ello realizan reflexiones, encuentros y celebraciones litúrgicas. Pero es urgente que se intensifiquen estas actividades y que en ellas participen cada vez más cristianos.

En el intercambio y coordinación de experiencias, en la acción de gracias celebrada significativamente en conjunto, y en la búsqueda de la exigencia pascual de Jesucristo, se genera una esperanza y fraternidad asombrosas. Estos cristianos no forman ni aspiran a establecer un movimiento o acción política propia. La lucha se da en medio de los obreros, campesinos, estudiantes, empleados y profesionales. Tampoco desean formar un frente opuesto a sus comunidades y jerarquías, ya que gracias al discernimiento de los espíritus en la Iglesia, la búsqueda es un tarea común que exige un diálogo permanente y positivo con las jerarquías. La causa de liberación es la destrucción del capitalismo y la construcción del socialismo como paso fundamental para que el Reino de Dios se acerque. Por la solidaridad combativa con los oprimidos y en base al análisis científico del proceso, luchan por el socialismo; por la fe esperanzada en el Dios de Jesucristo, actúan y viven en forma revolucionaria.

Los cristianos de izquierda están movidos por su amor a Jesucristo y su Iglesia, y urgidos por la solidaridad incondicional con los oprimidos. Por eso invitan a todos los cristianos de Chile a participar constructivamente en el proyecto histórico de la clase trabajadora. Si los cristianos colaboran concreta y eficazmente en el paso del neo-capitalismo al socialismo, responderán fielmente al llamado de Cristo a construir una sociedad fraternal e igualitaria.

Porque no se puede "servir a Dios y al dinero" (Lucas 16) y "quien quiera salvar su vida, la perderá; quien pierde su vida por mí, ese la salvará" (Lucas 9).

Porque "cuando los cristianos se atrevan a dar un testimonio revolucionario integral, la revolución latinoamericana será invencible" (Oné Guevara).